

UNA PIRUETA DE NIJOTA ENTRE LA LÍRICA Y EL HUMOR



Eliseo Izquierdo



DISCURSOS DE INGRESO

Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2025

© Academia Canaria de la Lengua

© Eliseo Izquierdo

Diseño de colección:

Bernardo Chevilly

Composición e impresión:

El Productor, S. L. Técnicas Gráficas

Dep. Legal: TF. 782-2025

ISBN: 978-84-96059-87-0

Señor presidente, señoras y señores académicos, autoridades, señoras y señores:

En 1946, un año después de finalizada la segunda guerra europea y siete de la contienda fratricida, con todo el país patas arriba, el Instituto de Enseñanza Media donde volvemos a encontrarnos esta tarde-noche conmemoró el centenario de su fundación. Cursaba entonces este viejo periodista el quinto de los siete años y reválida del antiguo bachillerato universitario.

La efeméride se celebró con la austeridad y el rigor de aquel tiempo de penurias y calamidades incontables, pero con mucho entusiasmo por parte del gremio estudiantil. Y para involucrarlo más aún en ella, el

catedrático de Lengua y Literatura don Pablo Pou Fernández tuvo la feliz iniciativa de convocar un certamen literario entre los alumnos de los tres últimos cursos.

El 7 de marzo, festividad del patrono de los estudiantes santo Tomás de Aquino en aquella época (trasladada ahora al 28 de enero), este hermoso salón que hoy nos acoge, una joya escondida de las muchas que atesora San Cristóbal de La Laguna, se abarrotó de estudiantes e invitados. Era el acto central de los modestísimos festejos. Lo presidió el que era entonces rector accidental de la Universidad, el ilustre profesor y recordado maestro don Elías Serra Ràfols, con varias autoridades provinciales y locales.

Fuimos nueve los alumnos premiados en el concurso que promovió don Pablo. De ellos quedo en pie únicamente yo; la vida es así de inmisericorde. No he olvidado el temblor que me invadió al escuchar mi nombre y cómo logré llegar hasta la mesa

presidencial a recoger el galardón, que fue igual para todos: un librito en rústica de la obra del dramaturgo español Francisco de Rojas Zorrilla *Del rey abajo, ninguno*, de la editorial Ebro, con comentarios y notas del propio profesor Pou Fernández. Pero, además, por decisión del doctor Serra Ráfols, el Secretariado de Publicaciones de la Universidad reunió aquellos trabajillos en el opúsculo 1846–1946. *Centenario del Instituto de Enseñanza Media de La Laguna. Trabajos escolares* [1947], un folleto de 42 páginas en octavo, más cuatro de papel satinado con cinco ilustraciones, del que conservo como oro en paño un ejemplar, igual que guardo el pequeño libro de Rojas Zorrilla. En alguna ocasión me he preguntado si aquella doble recompensa temprana, el premio estudiantil y su publicación, determinaron, y en qué medida, mi afición a la escritura.

Vuelvo hoy a este histórico recinto de tantos recuerdos personales, vivos en mi maltrecha memoria pese al tiempo que

ha transcurrido desde entonces, para ser investido como miembro honorario de la Academia Canaria de la Lengua, distinción que he aceptado por lo que puede tener de compensación a toda una vida de modesto obrero de la palabra, pues de más méritos carezco. Toda mi actividad profesional y vocacional ha estado vinculada a la lengua que nos une y reúne, primero como telegrafista, trasegando palabras ajenas, recibiendo y transmitiendo mensajes; más tarde, como docente en el Seminario diocesano de Tenerife, donde fui profesor de Lengua y Literatura; luego en varios centros de bachillerato de Santa Cruz de Tenerife y de San Cristóbal de La Laguna, entre ellos las secciones filiales masculina y femenina de este Instituto en el barrio de Taco, que tanto contribuyeron a la transformación social, económica y cultural del importante enclave lagunero; con posterioridad, en la facultad de Filosofía y Letras y en la Sección de la Escuela Oficial de Periodismo en nuestra

Universidad, antecedente de la actual facultad de Ciencias de la Información; y, desde aquel lejano 1946 hasta hoy, como periodista y escritor.

Es una temeridad hablar en público cuando los noventa y cuatro años de edad están cerca, por breve y leve que sea lo que se quiera y pueda decir. Pero esta Academia, como las de igual o parecida naturaleza, se rige por normas, y una de ellas impone a todo nuevo académico pronunciar un discurso en la sesión en la que es recibido en su seno. No seré yo quien la quebrante. Procuraré cumplirla en la medida que me lo permitan mis menguadas fuerzas, con lo que al propio tiempo podré corresponder en lo posible al honor que se me hace y les agradeceré muy de veras su benevolencia a los ilustres miembros de esta corporación que me eligieron.

Cuando el presidente de la Academia Canaria de la Lengua y admirado amigo, el profesor Humberto Hernández, me

comunicó el acuerdo y con su afectuosa insistencia logró que aceptara, anduve cavilando, aunque no mucho, sobre qué tema o sobre quién podría articular la obligada disertación. No tardé en decidirme por un acercamiento a la personalidad y la obra del periodista y poeta Juan Pérez Delgado, nuestro popular Nijota, porque para mí y estoy seguro de que para cuantos lo conocieron, don Juan —así lo traté siempre, por respeto y estima personal— fue ejemplo de tinerfeñismo y de acendrada canariedad.

EL JUGLAR MÁS POPULAR

La obra literaria de Pérez Delgado, observador empecinado de la realidad insular, que contemplaba a través del prisma de un humor inteligente, puede compararse a un friso de incontables teselas, a un mosaico pródigo en sugerencias, en el que los personajes que lo pueblan son mayoritariamente hombres y mujeres del campo isleño, los *magos* y *magas* de Tenerife con su psicología peculiar, con

su filosofía de la vida y sus maneras de relacionarse entre sí y con sus entornos.

También, desde otra perspectiva, parte importante de la producción de Nijota se asemeja a un amplio frontispicio en claroscuro del largo periodo de autocracia que padeció nuestro país, con su fardo de represiones, carencias, subterfugios y forzados silencios y con sus contrahaces de picardía, audacia y burlas solapadas. Para desafiar al poder, más aún si éste es omnímodo, y para desconcertar a quienes lo detentan, nada como el humor. Pérez Delgado lo sabía bien y lo utilizó con la más afinada habilidad. Valiéndose del espejo convexo de su ingenio, dejó testimonios impagables de la larga etapa de totalitarismo. La fue construyendo con una técnica muy suya: como si nada anómalo ocurriera, pero dejando caer desde el intradós del verso, en el momento justo por menos esperado, la gota de acíbar o la ráfaga veloz de la crítica entre líneas de fino humor, bien calibradas

una y otra para que no lo parecieran y así pudieran escapar a la censura.

La dicotomía Juan Pérez Delgado / *Nijota* no se la buscó nuestro escritor y poeta ni se la construyó de manera deliberada. No concordaba con su estilo personal, con su manera de ser. Nunca le rondó la tentación de desdoblarse literariamente, de fabricarse otro yo. Desde que comenzó a firmar con el sobrenombre que le reportó mayor popularidad, como antes con *P. Nalty* y con *L. Gante*, el seudónimo fue para Pérez Delgado un escondite o antifaz (así lo manifestó en una ocasión en el periódico *La Verdad*), una forma de escabullirse, de huir del ruido social, en consonancia con su *tímida modestia*, una de sus características personales más acusadas, a la que se refirió Álvarez Cruz en la única entrevista que logró hacerle al veterano colega en los muchos años que confraternizaron en el mismo periódico, y eso porque le había llegado ya la jubilación, en 1968. A esa timidez suya se refirió el

propio Nijota en las contadas ocasiones en que habló de sí mismo, como cuando dijo, a manera de disculpa: “Yo soy un escritor *desentrevistado*”.



Alfredo de Torres Edwards, *Retrato de Nijota*, 1931.

Col. particular, Santa Cruz de Tenerife.

Foto: Fernando Cova.

La popularidad de Nijota como autor de versos festivos sigue siendo mayor que la del periodista impuesto de su compromiso como tal y a la del poeta lírico que era a ratos; un aura popular y una estimación que se mantienen vivas, no únicamente en Tenerife, aunque sí en mayor medida en esta isla que en las demás, pese al tiempo transcurrido desde su desaparición, hace ya más de medio siglo.

Los poetas de humor han solido firmar por lo común sus versos y ripios con un seudónimo; una táctica, con otras, para mejor expresarse en libertad, ejercer la crítica o el elogio, la descalificación o el ataque, pero asimismo para cubrirse las espaldas y eludir responsabilidades o evitar represalias; que más de uno las sufrió. Otro motivo era el de la estimación de sus rimas, calificadas a veces como obra menor, y por modestia. En todo caso, cuando Juan Pérez Delgado empezó a esconderse tras el sobrenombre Nijota, no era consciente de que le ocurriría

todo lo contrario, ni tampoco hasta dónde llegaría su popularidad y fama, y con ellas la bifurcación de su personalidad de escritor, mientras se la labraba, verso tras verso, golpe a golpe de humor, de gracejo y de ironía.

Nijota acabó siendo, como dijo atinadamente el poeta Pedro García Cabrera¹, la *contrafigura* de Juan Pérez Delgado, una bilocación no buscada ni deseada por él, que sin embargo creció y se afianzó hasta el punto de no poder embridarla. Porque el personaje Nijota, como afirmó también García Cabrera, no fue en realidad una creación de Pérez Delgado sino de sus lectores. “Su pseudónimo —precisa el gran poeta gomero— fue sólo el grano de arena alrededor del cual los vientos del pueblo han ido fijando y acumulando vivencias, hasta formar, no tanto la duna actual de su reputación, como una suerte de atmósfera sensible, un aura de palpitaciones

1 Juan Pérez Delgado (1971): *Verso y prosa. Nijota*. Santa Cruz de Tenerife.

colectivas, que tiene vida independiente de la suya, aun cuando él la alimente cada día con mayor o menor fortuna, con mayor o menor libertad". Y agrega, como remate, que "Nijota no es el signo de una persona, sino una personalidad mítica, forjada por los demás, con autonomía propia, hasta el punto de que no podría matarla aunque lo quisiera".

Ese desdoblamiento no buscado, repito, pero que terminó aceptando, fue posible en gran medida gracias al talento y la sensibilidad de Pérez Delgado para hacerse con las peculiares maneras de conducirse las gentes del campo isleño, con su psicología y formas de vida, que interiorizaba para luego exteriorizarlas, transmutadas en sustancia literaria. Nijota no remeda en sus versos festivos los tics del campesinado, no ridiculiza ni se burla de sus componentes. Su secreto consistía en recrear con naturalidad y fidelidad este singular estrato de la sociedad insular en su mismidad:

sus sentimientos, frustraciones, anhelos y justificadas desconfianzas; el mundo rural tinerfeño, con sus sombras y sus luces, con su singular estilo de manifestarse, visto desde la vertiente de la comprensión y de la querencia, lo que da la medida de su devoción y simpatía por el estamento de la sociedad isleña de más apego a la tierra nutricia y su posición siempre crítica frente a todo cuanto intentara desvirtuarlo, zaherirlo o humillarlo.

Cuando el folclorista Fermín Morín, director de la parranda de la Masa Coral de Santa Cruz de Tenerife, organizó por primera vez un baile de magos, que se celebró en el Teatro Guimerá y vías alledañas con motivo de las fiestas de mayo de 1935, Nijota registró el recelo con que fue acogida por las gentes del campo la iniciativa del bailaror sureño, el temor a que fuera una frívola parodia —una “burleta”— de una de las más acendradas manifestaciones isleñas, los bailes y cantos canarios, con su

hermoso ritual, cuya expresión más elevada y cuasi religiosa es la folía. Bajo el título “*Seña* María y el primer baile de magos”, Nijota pone en boca del mítico personaje la supuesta reacción del campesinado y el amago de réplica que merecía se le diera al intento. En esta cuarteta, cargada de ironía, lo manifiesta, después de haberse referido a cómo se rumoreaba que iba a ser de multitudinario el evento:

Ahora los magos del campo,
pa seguir con la burleta,
debían jacer un baile
de los que llaman tiqueta,

y, por si fuera poco, añade esta otra, rondando ya el sarcasmo:

¡Quién vería a mi José
con eso que llaman fraz,
que es una chaqueta negra
con dos rabos por detrás!

Así fraguó y maduró la obra de Nijota. Sus parámetros se ceñían a los de toda noticia y a un humor sano aunque suave-

mente acre, sin que faltara el oportuno adarme de socarronería, tanto en la glosa o el comentario irónico como en el ramalazo de desparpajo de raíz crítica, en ocasiones apenas entrevista. Con mimbres tan sutiles terminó por convertirse, como dijo Alfonso García-Ramos, en “el mejor juglar, en el más popular de los juglares que han tenido las Islas Canarias”².

SOLEDAD NUPCIAL

Para cumplir el ritual de la Academia intentaré hacer una breve incursión, alejada de toda presunción profesoral, a fin de que prevalezca la mirada del periodista, en un poema de Nijota en el que confluyen, a mi manera de ver, signos inequívocos de su estilo literario, es buena muestra de su voz lírica y de humorista, contiene sustancia poética en elevado porcentaje, rezuma cali-

2 Alfonso García-Ramos (1975): “Juan Pérez Delgado, frontera y contradicción”, *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 25 de noviembre.

dad y puede ser mostrado como ejemplo de romance tradicional bien construido. Pero antes debo dedicar unos minutos, que tendrán que ser menos de los que quisiera, a subrayar algunos rasgos de la personalidad y la obra de Juan Pérez Delgado y de su *alter ego* Nijota que contribuyan a conocerlas mejor y más cabalmente.

Destacaré ante todo su tempranísima orfandad. Juan Pérez Delgado quedó huérfano de madre a los cuatro días de haber nacido³. Su progenitora, Candelaria Delgado del Castillo, falleció de fiebres puerperales, proceso infeccioso frecuente en-

3 El 18 de junio de 1898 en la calle de Anchieta de San Cristóbal de La Laguna, domicilio familiar de los abuelos maternos Valentín Juan Delgado Gil y María Dolores Castillo Espínola, ambos naturales de dicha ciudad. Fue bautizado en la parroquia matriz de Nuestra Señora de la Concepción por el presbítero Santiago Beyro y Martín el inmediato día 24, que le impuso los nombres de Juan Ciriaco Antonio de la Santísima Trinidad. Lo apadrinó su tío el beneficiado de la S. I. Catedral Juan Evangelista Pérez. Los abuelos paternos eran Juan Pérez Martín, de la ciudad grancanaria de Arucas, y Emilia Expósito, de la de los Adelantados. (Libro de bautismos n.º 56, fol. 156 vto.).

tonces en las recién paridas. Contaba treinta y seis años y llevaba dos de casada con Rafael Pérez, seis más joven que ella, avecindado en San Cristóbal de La Laguna pero dependiente de comercio en Santa Cruz de Tenerife. Juan fue el segundo de los dos hijos del matrimonio. Un año antes que él había venido al mundo la primogénita, Ascensión Dolores⁴, Lolita, que iba a tener en la vida del poeta y periodista notable influjo. Quienes la conocieron la recordaban como mujer atractiva, sencilla, de carácter afable aunque un tanto melancólico; el de una muchacha resignada a tempranos desarraigos familiares y a la soledad, y, con el tiempo, el de mujer de suave temperamento, que, como su hermano, se mantuvo soltera y aunque, obviamente, tampoco conoció a su madre, la sustituyó en buena medida.

No había cumplido el pequeño Juan dos años y medio cuando su padre decidió contraer nuevas nupcias. Lo hizo con la

4 Nació el 27 de junio de 1897.

joven Prudencia María del Carmen Álvarez Pérez⁵, vecina de Santa Cruz de Tenerife. El matrimonio fijó su residencia en la capital tinerfeña, mientras que los niños quedaron al cuidado de las dos familias laguneras, Lolita con la del abuelo materno y Juan con la abuela paterna, doña Emilia, que vivía en la calle Empedrada (hoy Marqués de Celada), con su hija Concha y su hermano el presbítero don Juan Evangelista. Rafael y su segunda esposa tuvieron cuatro hijas: Celina, Carmela, Herminda e Isabel. Esta última falleció en 1926, cuando contaba dieciséis años.

La temprana orfandad, el cambio de residencia del padre tras su segundo matrimonio, la separación de ambos hermanos en plena niñez y la nada fácil situación social, económica y política de las islas en las dos primeras décadas del siglo XX, a lo que

5 Hija de José Álvarez González y Celia Pérez y Martín. Contaba 28 años. El matrimonio canónico se celebró en la parroquia del Sagrario Catedral (hoy parroquia de Santo Domingo) de San Cristóbal de La Laguna el 7 de abril de 1900.

habrá que unir el fallecimiento, años más adelante, de una infeliz muchacha que al parecer fue su primer y único amor, según se comentaba en la pequeña ciudad rumorosa y bisbiseante que era San Cristóbal de La Laguna en los años de juventud de nuestro poeta y periodista, contribuyeron sin duda a modular el carácter introvertido de Juan Pérez Delgado, la sutil ironía con que contemplaba el mundo, una aparente misoginia que en realidad nunca fue tal sino timidez medioescondida, y un aura apenas perceptible de escepticismo y de desencanto vital, que afloraba en él con frecuencia, tanto en el trato personal como en el profesional y hasta en la relación amistosa. Juan Pérez Delgado creció en soledad, una soledad nupcial, como apuntó asimismo atinadamente el poeta Pedro García Cabrera⁶, en la que se mantuvo en perpetua

6 “Semblanza de Juan Pérez Delgado (*Nijota*)”, en Juan Pérez Delgado (1971): *op. cit.* El texto de García Cabrera fue difundido con anterioridad por Radio Club Tenerife, en junio de 1955.

luna de miel hasta el final de su existencia: la de la criatura acogida primero al cuidado de la abuela paterna y la tía Concha y, algo más tarde, creciendo al socaire del modesto manteo de su tío abuelo y padrino don Juan Evangelista, beneficiado salmista de la catedral lagunera de Los Remedios⁷.

El niño desvalido que era Juan Pérez Delgado no tardó en empezar a abrirse camino por sí solo, pero sin trepar y sin saltarse peldaños, con la seguridad de quien tiene claro desde muy pronto el futuro que busca. Es otro rasgo de su personalidad. Debió de haber aprendido las primeras letras con algún familiar, probablemente con el cura y padrino, o en una de las escuelitas de la villa de arriba de su ciudad natal, quién sabe si en la de doña Celita, en el callejón de San

7 Tenía fama de ser clérigo liberal y muy en su ministerio. Desempeñó la mayordomía del santuario de Candelaria hasta que los dominicos retornaron a Tenerife y se hicieron cargo de nuevo del culto a la Patrona del archipiélago canario. Fue designado canónigo honorario del cabildo catedral de Los Remedios por el prelado don Domingo Pérez Cáceres, al poco de haber tomado posesión de la diócesis nivariense.

José esquina con Adelantado, a pocos pasos de su domicilio, de la que era proverbial que cada uno de los componentes de la pequeña tropa de aprendices que acudía cada mañana a hacer palotes y garabatear letras tenía que llevar consigo una perra gorda⁸, para el pago diario a la maestra por su labor, y el banquito en que se sentaba (las niñas, también, un cuchillo para pelar papas y verdura, y una aguja y dedal).

En 1910, con doce años, Juan Pérez Delgado ingresó en el Seminario Conciliar de Tenerife como alumno externo, quizás por consejo o a instancias de su tío abuelo, que era el ecónomo y uno de los profesores del centro de estudios eclesiásticos⁹. Sin embargo, en su breve esbozo de auto-

8 Moneda de cobre que equivalía a diez céntimos de las antiguas pesetas.

9 Algunas familias sin suficientes recursos económicos procuraban que sus hijos o niños a su cargo fueran admitidos como alumnos, donde podían recibir una formación que de otra forma les sería imposible, aparte de la posibilidad de llegar a sacerdote, si cuajaba la vocación.

biografía, Pérez Delgado asegura, aunque lo hace en tono de chanza, que era él quien en realidad quería ser cura, hasta que una “muñeca” de carne y hueso (“con más de lo primero que de lo segundo”, puntualiza) le espetó que tenía *ojos de enamorado*, al tiempo que él apreciaba en ella “todos sus atractivos entrantes y salientes”, lo que le llevó al convencimiento de que lo suyo no era el sacerdocio sino “la antigua, agradable y culinaria tarea de *pelar la pava*”¹⁰.

Los dos primeros cursos los superó con calificaciones brillantes (*meritissimus*), pero en el tercero bajaron drásticamente a *meritus*, lo que ha de atribuirse a la reconsideración responsable del muchacho quinceañero sobre el porvenir que le aguardaba si continuaba aquellos estudios. Juan Pérez Delgado no se veía con sotana, teja y

¹⁰ “Confesiones e intimidades”, *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25.04.1922, p. 1. Lo refundió en el pequeño volumen *Autobiografías*, de VV. AA., Santa Cruz de Tenerife: Librería Hespérides (Canarias), s/f., pp. 151-159. Segunda edición, con prólogo de Marcial Morera, 2001, pp.117-123.

manteo, cantando latines, oyendo pecados y absolviendo pecadores, dedicado, en fin, a los menesteres propios de un cura de almas, lo que le llevó a abandonar la carrera sacerdotal sin dilación.

Comenzó inmediatamente que pudo el bachillerato en el Instituto General y Técnico de Canarias de su ciudad natal, único centro oficial de enseñanza media establecido en el archipiélago en aquel tiempo, en el que se distinguió igualmente como alumno de matrículas de honor (dieciséis en total) y de sobresalientes, con las solas excepciones de Física y Química General, que superó con notable, y Gimnasia, que el profesor calificaba sólo con apto o no apto. Concluyó los estudios de enseñanza media en 1919.

Ese mismo año diecinueve fue llamado a filas, para cumplir el servicio militar obligatorio como soldado de reemplazo. Según la ficha de afiliación al Ejército, el recluta Pérez tenía pelo castaño, ojos pardos, frente despejada, un metro sesenta

y cuatro centímetros de estatura y, lo más importante desde el punto de vista castrense, aire marcial; eso es al menos lo que dice de él la cartulina oficial. Fue destinado al Regimiento de Infantería de la capital tinerfeña y, en noviembre de 1921, ascendido a cabo “por elección”, hasta que, en diciembre de 1922, al cumplir el periodo mínimo reglamentario de servicio, obtuvo licencia ilimitada y no volvió a vestir el uniforme¹¹.

Al finalizar la mili, Pérez Delgado, con veinticinco años, se matriculó en Derecho, en la Sección Universitaria de Canarias¹², antecedente de la actual Universidad de La

11 Archivo Militar de Canarias. Santa Cruz de Tenerife. Expediente personal.

12 En la aspiración y los embates de Canarias, y más concretamente de San Cristóbal de La Laguna, para recuperar el centro de estudios superiores suprimido en 1845, cuando fue abolida la Universidad Literaria de San Fernando, se logró en 1913, como primer paso decisivo, la creación de la Sección Universitaria de Canarias, dependiente de la Universidad de Sevilla, hasta que en 1927 fue creada la Universidad de La Laguna.

Laguna. Destacó también como estudiante, con cuatro sobresalientes, seis notables, nueve aprobados y ningún suspenso. Finalizó la carrera en 1929, cumplidos ya los treinta y un años, pero no ejerció la profesión. Únicamente desempeñó con carácter interino el cargo de fiscal municipal de San Cristóbal de La Laguna entre 1931 y 1932, pero renunció, convencido sin duda de que lo suyo no era acusar a delincuentes o calificar delitos sino contarlos en la prensa y hacerlo con rigor. Sus crónicas de sucesos, igual que las que firmó en la prensa tinerfeña sobre otros temas periodísticos, son modelo de libro de información y de opinión.

PERIODISTA TROVERO

El periodismo encandiló a Nijota tempranamente. Cursaba todavía el bachillerato cuando se sintió atraído por esta asendereada profesión. La tinta de imprenta, narcótico del que no era posible zafarse y huir si sus emanaciones te enganchaban, lo atrapó sin

remedio. Sus efluvios perturbadores, su acre olor y la barahúnda de las linotipias vomitando plomo rítmicamente en forma de letras tenían un poder seductor irreprimible. El panorama ha cambiado mucho desde entonces.

Nijota publicó sus primeros versos en *El Balón*¹³, primer periódico de Canarias y, según parece ser, de toda España, dedicado exclusivamente a informar y opinar sobre el novísimo deporte del fútbol cuando todavía se escribía *foot-ball*. Tenía dieciséis años. Aparecieron bajo el epígrafe “Ripios deportivos”, firmados con el seudónimo *P. Nalty*, el más antiguo de los tres o cuatro sobrenombres que utilizó en su vida. *El Balón* fue una aventura condenada de antemano al fracaso, porque carecía de base económica. Apenas hubo comenzado a editarse sufrió un

13 Eliseo Izquierdo (2015): “Los comienzos de la prensa deportiva en Canarias. 100 años de la publicación de ‘El Balón’ en La Laguna”, en *Crónicas de Canarias. Oralidad y tertulia. Farmacias. Memorialistas. Homenaje*. N.º 11, pp. 469-484.



Antonio Mesa, *Comida de homenaje a D. José M.^a Pemán* ofrecida por el Ateneo de La Laguna, 1945. Col. Ateneo de La Laguna. Foto: Fernando Cova. Nijota aparece, caricaturizado, el segundo por la derecha en la línea inferior.

revés económico, del que logró recuperarse, pero no del todo. Dejó de imprimirse después de editado el número 12, el 9 de enero de 1916, en plena guerra europea. En el grupo juvenil que lo impulsó se encontraba Juan Pérez Delgado, entusiasta del balompié y apasionado del Real Hespérides de su ciudad natal, el equipo de sus amores, al que acompañaba allá donde se desplazara a jugar, y al que le dedicaba con frecuencia cuartetos festivos sobre sus triunfos. Hoy

El Balón es un raro muy codiciado por las hemerotecas canarias y españolas¹⁴.

Había transcurrido algo más de un año de la desaparición del periodiquito deportivo cuando empezó a editarse, también en San Cristóbal de La Laguna, el bisemanario y luego semanario *La Verdad*, que se componía a mano en la Imprenta y Librería M. Curbelo. El primer número apareció el 5 de marzo de 1917. Tampoco nació como empresa mercantil y sí como una aventura de gente joven con inquietudes sociales y políticas y ganas de cambiar el mundo, pero sin respaldo económico. Tuvo una vida tan corta como azarosa. Dejó de publicarse el 20 de septiembre de 1918, acosado por las deudas. En *La Verdad* mantuvo Juan Pérez Delgado, desde el principio, el espacio poético-periodístico “Bromas verdaderas”, rótulo que, aunque respondía al objetivo

14 Solo se conserva en Tenerife una colección, aunque incompleta, en la Biblioteca Municipal de La Orotava, dentro del valioso legado bibliográfico y hemerográfico del periodista Antonio Massieu y Lugo.

que se había propuesto, carecía de gancho suficiente para captar lectores, de lo cual se percató pronto y substituyó por “Musa cómica”, que mantendría hasta el final de su larga trayectoria profesional, incluso después de la jubilación reglamentaria, porque Nijota continuó llevando semanalmente versos festivos al tinerfeño *El Día* hasta la antevíspera de su fallecimiento.

El profesor Alzola Cabrera, compañero suyo de estudios, hablando en cierta ocasión de don Juan, me dijo que “Nijota fue el primer corresponsal que tuvo *Gaceta de Tenerife* en San Cristóbal de La Laguna”. En efecto, el diario católico de la capital tinerfeña daba cuenta del nombramiento “del estudioso joven y popular poeta festivo”, en abril de 1919. A este respecto, don Jacinto me contó también que, “como tenía mejor letra que él, nos reuníamos en el Ateneo y me dictaba las noticias, que luego le enviaba, casi siempre con algún conocido, al director del periódico, porque en aquella

época no teníamos máquina de escribir y todo se hacía a mano”. Pérez Delgado empezó a remitir a *Gaceta* noticias, versos e informaciones que superaban con creces lo esperable en un corresponsal de prensa local. Su popularidad no tardó en crecer. Comenzaron a aparecer colaboraciones suyas en revistas insulares (*Horizontes*, de La Laguna; *Información Comercial Teide* y *Letras de Santa Cruz de Tenerife*, etc.). Hasta que Leoncio Rodríguez lo ganó para la redacción de su diario.

El joven periodista se incorporó a *La Prensa* como redactor a principios de 1921. Cumplía aún el servicio militar. En una “Musa cómica” de julio de ese año se refería ya a sí mismo como “A Nijota, el de *La Prensa*”. El también periodista Antonio Martí (Santa Cruz de Tenerife, 1901-1986) comenta en sus memorias el talante personal del que era colega en el diario primero republicano y luego independiente, y su compenetración con quienes formaban

la pequeña tribu de periodistas de vocación que lo confeccionaban: “era mi compañero constante en las faenas internas y corrientes. Las más molestas y cansadas. La corrección de originales y de textos compuestos. La redacción de pequeñas notas y sueltos. [...] A su lado, hasta el trabajo más cansado se hacía ameno y fácil. Su gran ingenio y constante buen humor —un humor un poco acre y agudo, pero que hacía siempre reír, o, mejor, sonreír— era el mejor antídoto para la pesadez del trabajo”¹⁵. En la redacción de *La Prensa* se mantuvo desde entonces Nijota y en ella se encontraba cuando el diario de Leoncio Rodríguez fue usurpado en 1939 por el franquismo victorioso y, junto con *Amanecer*, que corrió la misma suerte, fue convertido en *El Día*, como órgano del Movimiento Nacional Sindicalista. Nijota y los demás redactores de *La Prensa*

15 Antonio Martí (1975/1977): *70 años de la vida de un hombre y de un pueblo* (1.^a parte, 1975; 2.^a parte [de 1931 a 1975], 1977). Santa Cruz de Tenerife.

continuaron en el nuevo matutino tinerfeño, porque había que seguir viviendo, y en él se mantuvo hasta el final; casi treinta años de exilio interior. En todo caso, fue en *La Prensa* donde Pérez Delgado se formó y maduró periodística y humanamente. Los esfuerzos de Leoncio Rodríguez para que el diario que dirigía se distinguiera como una publicación moderna y como empresa periodística de prestigio influyeron también de manera positiva en el equipo que lo redactaba.

A Juan Pérez Delgado no le atraía el oropel de la fama. Nunca intentó trepar o encaramarse para alcanzar un puesto socialmente relevante o apetecible. Opinaba, con Víctor Hugo, que “la popularidad es la gloria en calderilla”. No le seducían los protagonismos, de los que procuraba huir, aunque alguno, muy a su pesar, no pudo evitar. Ya en su juvenil “Autorretrato”¹⁶ lo dejó bien perfilado, entreverándolo con

16 Domingo Pérez Minik (1952): *Antología de la poesía canaria. I*. Tenerife: Goya Ediciones, p. 182.

ligeros toques de ironía y un punto apenas
de burla de sí mismo:

Soy un muchacho pobre y sin suerte
(¡un poeta!),
tal vez un poco triste y un poco envejecido,
que sólo ha conseguido
ser propietario de unos castillos en el aire...
¡Soy decididamente, madres, un mal partido!,

al que le atraía muy poco de la vida, única-
mente

esas sublimes cosas vulgares del Señor:
puestas de sol, mares de leva,
un niño, un pájaro, una flor...

En definitiva, se reconocía ser

...fatalista, abúlico, débil para la brega,

consciente de que

nada me dio la vida, ni yo le he dado nada,

y de

que es mi mayor virtud la de ser resignado
y mi mayor pecado, el de soñar despierto.

A medida que Pérez Delgado maduraba, se
fue alejando del ruido social. El jovencillo

dispuesto en todo momento a meter el hombro y colaborar en las actividades culturales y artísticas de la ciudad donde nació y vivía, vinieran de donde viniesen y de quien viniesen, sobre todo las del Ateneo lagunero, al que le prestó incontables servicios, se fue retrayendo con el tiempo, aovillándose en sí mismo. Ni la luz de las candilejas, ni las palabras halagadoras, ni los aplausos, le seducían. Era esquivo a toda aparición pública. Luis Álvarez Cruz asegura, en la entrevista citada, que la única vez que Juan Pérez Delgado accedió a recitar sus propios versos ante un auditorio fue en una fiesta de arte en Arico, en el sur de Tenerife, a la que había sido invitado con varios poetas isleños más, aunque es probable que lo hiciera también en algunos otros actos públicos. Esa manera de ser suya intentó justificarla más de una vez con excusas y motivos diversos, como cuando alegó que poseía “una psicología inadecuada para los primeros planos”.

Dos primos hermanos de Nijota, periodistas los dos, vivían en Madrid y estaban bien situados: Manuel y Juan Delgado Barreto. Manuel se había abierto camino en la capital del reino y gozaba de sólido prestigio en los círculos políticos más influyentes de la derecha española. Era veinte años mayor que nuestro escritor y poeta. Se significó como polemista de fuste, admirado por unos y temido o denostado por otros, que sobresalió al propio tiempo como político beligerante que terminó radicalizándose y fue fusilado en Paracuellos del Jarama (Madrid), en plena guerra civil, el 7 de noviembre de 1936. En una de las conversaciones con el profesor Alzola, a las que he aludido, este me aseguró que más de un amigo común intentó convencer a don Juan para que marchara a la villa del oso y el madroño, donde daban por descontado que los dos parientes lo ayudarían a labrarse un buen porvenir, a abrirse una senda de prosperidad en el periodismo a escala

nacional, pero Nijota —afirmaba con énfasis don Jacinto— “nunca mostró el menor interés en dejar la isla, en abandonar su tierra, menos aún para arrimarse a sus dos parientes”.

UN TALANTE SINGULAR

Juan Pérez Delgado se movía como pez en las aguas con frecuencia turbulentas o turbias de la información, no únicamente en las de lo vernáculo. Su manera de contemplar el mundo en rededor y al ser humano era muy personal. Sabía buscarle los tres pies al gato escurridizo de la noticia desde perspectivas excéntricas o por resquicios escondidos. Lo hacía sin mellar sus aristas. Poseía especial habilidad para desenfundar lo noticioso sin desvirtuarlo; un ardid, el de darle la vuelta al hecho informativo mediante una pirueta a veces arriesgada, en lo que era maestro. Con ese artificio a manera de paraguas, bajo el que procuraba guarecerse con cautela o astucia, según lo demandaran

las circunstancias, hizo crítica política en pleno franquismo, hasta asomarse en más de una ocasión hasta el borde mismo de lo que la dictadura toleraba, como las veces que se atrevió a “bromear” de manera en apariencia ingenua y desenfadada con algo tan “serio” como era el racionamiento de los alimentos de primera necesidad que impuso el régimen franquista a la España hambrienta y desmantelada, en los años duros que siguieron a las dos guerras, la española (1936-1939) y la mundial (1939-1945).

En los años finales de la primera conflagración europea (1914-1918), Nijota comenzó a publicar rimas en clave de humor. Pero la situación del archipiélago canario, abandonado por todas las esferas del Estado, oprimido por la miseria y por el triple cerco de aislamiento al que se vio sometido, lo llevaron a componer versos quejumbrosos, desesperanzados, alternando con los de tema local. La mayoría de

esas rimas han perdido actualidad y hasta interés, salvo el de ser de Nijota. El propio autor lo vaticinó. No obstante, algunas siguen conservando lozanía total, fuerza y espíritu crítico. Es el caso, por poner un ejemplo muy significativo entre muchos, de “Medalla de la crisis frutera (anverso y reverso)”, acertado y acerado retrato a contraluz del intermediario isleño, del gangochero insular, medrador aprovechado en tiempos revueltos, que Los Sabandeños popularizaron años más adelante, en una de sus interpretaciones musicales con ritmo de polca canaria de mayor éxito y difusión, dentro y fuera de las Islas.

La producción periodística y literaria de Pérez Delgado, desparramada en las páginas de los periódicos y revistas de los que fue redactor o colaborador, contiene un abultado rimero de material dialectológico canario. El estudio de ese caudal léxico, un acervo de valor inapreciable, burbujeante a ratos, otros soterrado, deparará incontables

sorpresas a quienes se propongan bucear en él. Nijota era experto en el uso de la dilogía y la anfibología. Poseía especial destreza en el manejo del equívoco, en el juego con el concepto y la palabra, que estrujaba y retorció, cuando no iluminaba uno y otra con sutileza a la vez que con desenvoltura. Se recreaba con los giros y los remolinos lingüísticos. Avispado codificador de ironías y de sornas, procuraba dejar al descubierto sus ángulos más agudos y cortantes sin perder expresividad ni pasarse de la raya o de rosca. Huía del chiste fácil tanto como de las expresiones soeces o de la chabacanería. Lo suyo era despertar la sonrisa, alejada de la carcajada vulgar y de la hilaridad zafia. Nunca chapoteó en la ciénaga de las invectivas ni en el lodazal de la sátira cruel, tan del agrado de algunos de sus correligionarios cultivadores del verso festivo. En él no tenían cabida la descalificación gratuita, el insulto, la diatriba o la denostación como defensa o como arma arrojadiza; menos aún el ensañamiento personal.

Nijota era un prestidigitador de reconocida pericia manejando palabras. Se complacía en jugar a guirgo con ellas y en hacer filigranas, descubrirles recónditos parentescos o relaciones, al tiempo que les buscaba las cosquillas. Lo hacía con tanta sapiencia como responsabilidad. Esta técnica le llevó en ocasiones a alongarse al filo de lo hiperbólico. Su malabarismo para lograr la conjunción de agazapadas relaciones entre significado y significante —homofonía, homonimia— y su agilidad para la cabriola verbal solían ser tan audaces como las de un avezado volatinero; una operación que efectuaba con maña y talento, y sin alardear jamás de habilidades funambulescas. El poema festivo *Tacoronte* puede ser un ejemplo entre cientos. *Tacoronte* es un canto al vino de la comarca del norte de Tenerife donde se cosecha uno de los caldos más codiciados de Canarias. Las diez cuartetas en heptasílabos con rima asonante (abab, abcb y otras) no son muy conocidas, probablemente porque

el antólogo del único libro¹⁷ que Pérez Delgado vio publicado en vida no las incluyó en la selección. El poeta, para hacer boca, comienza con un apunte muy sincopado del paisaje tacoronero, de trazos ágiles, impresionistas, para lo que se vale incluso del artificio literario de la enumeración de lo que, al darse supuestamente por conocido, se considera que no es menester repetir, y sin embargo lo hace:

Demos por elogiada
la graciosa campiña,
verde, ondulante, clara,
decorada con viñas,

o esta otra cuarteta:

No hablemos de las huertas
tostadas por los soles,
estupendos viveros
de las típicas coles,

para, inmediatamente, dar un volantín inesperado y rauda en el aire del poema e irse a lo que pretendía:

17 Juan Pérez Delgado (1971): *op. cit.*

Hablemos del divino
(suprimamos el di),
hablemos del divino
néctar que hacen allí.
Néctar inimitable,
a los demás distinto
(suprimamos el dis
y dejemos el tinto).

En otra estrofa juega al doblete con la
anfibiología y la homofonía, al referirse al
trasiego y transporte del exquisito caldo
tinerfeño, al momento en que la barrica

dejó el llano y el monte
y entre duelos y duelas
vino de Tacoronte,

o la alusión que hace, con un feliz encabal-
gamiento doble, al recipiente que contiene
el delicioso morapio tinerfeño:

quien va llevando dentro
tal cosa no se explica
que digan que va pobre,
yo creo que “va rica”.

REDACTOR FESTIVO

Con su obra en verso, Juan Pérez Delgado adquirió temprana popularidad como poeta de humor. A poco de haber publicado las primeras rimas fue encasillado ya en esa cuadrícula literaria. El corresponsal del periódico *La Prensa* en La Orotava, al informar de la visita de su director Leoncio Rodríguez a la villa del norte de Tenerife en 1923, no olvidó añadir que lo acompañaba su *redactor festivo*. La noticia tiene el interés de revelar al propio tiempo la predilección que desde muy pronto dio muestras tener su paisano don Leoncio por el más joven de los miembros de su redacción, como para hacerse acompañar por él y no por cualquier otro compañero en un desplazamiento nada sencillo y fácil en aquella época.

Era común en el siglo XIX y buena parte del XX encontrar versos jocosos o satíricos en los diarios generalistas, para solaz y entretenimiento del lector, pero

también, con bastante frecuencia, para desesperación o indignación de quienes se sentían aludidos o zaheridos por los dardos de la crítica rimada. Todo periódico que se preciara procuraba contar con ellos. A despecho de quienes han considerado que los cultivadores de esta modalidad literaria son poetas de segundo nivel, lo mismo que sus rimas, conviene recordar que vates insignes, de gran prestigio y abolengo, escribían también versos de esta naturaleza para periódicos y revistas de reconocida categoría. El gran don Antonio Machado publicó un buen puñado en *La Caricatura*, de Enrique Prada, a finales del siglo XIX (1892-1893) con el seudónimo *Cabellera*¹⁸. Para el tinerfeño *La Prensa* era un lujo y un reclamo, y contribuía a su valoración y

18 Antonio José López Cruces (1992): *Poesías jocosas, humorísticas y festivas del siglo XIX*, con introducción, selección y notas de Antonio José López Cruces. Alicante: Alcodre. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Disponible en <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poesias-jocosas-humoristicas-y-festivas-del-siglo-xix--0/html/>.

difusión, contar con un poeta festivo de la categoría de Nijota.

Aunque un porcentaje alto de la literatura de humor y satírica adobada con rimas ha estado siempre sentenciado a una vida corta, casi la misma que la noticia que la había generado o en la que se apoyaba, otro sin embargo ha logrado resistir el paso del tiempo y mantenerse lozano. Es lo que le ha ocurrido a buen número de versos de Nijota, que se han mantenido frescos en la memoria de las gentes. Los dedicados al intermediario, citados más arriba, son una muestra. En esta línea hay que incluir, destacándolo, el caudal de coplas tuyas que sigue cantando el pueblo, sin saber, o por haberlo olvidado ya, que fue él su autor; máxima aspiración, dijo el otro Machado, el de *Alma*, de todo poeta coplero.

La tradición de publicar en la prensa generalista, aunque no en toda, versos humorísticos, se prolongó hasta la segunda mitad del siglo XX y, en determinados casos,

más. Los de los autores de mayor categoría, ringorrango o consideración personal y literaria solían ser ubicados en un lugar destacado de la primera plana, en negrita o cursiva, y remarcados con fileteados, coron-deles y otras lindezas tipográficas. De esos privilegios gozó Nijota hasta el final. Sin embargo, a medida que la información le ganaba terreno al entretenimiento, en la inmensa mayoría de los diarios los versos humorísticos iban siendo desplazados a páginas interiores, hasta ser eliminados; también le ocurrió a la poesía, aunque esta encontró en los suplementos de literatura de los mismos diarios, mientras se mantuvieron, un tragaluz por el que lograban asomarse. Nijota fue una excepción.

Con la desaparición del verso festivo de las páginas de la prensa diaria se quebró una tradición más que secular. No obstante, algunos periódicos, muy pocos, continuaron manteniéndola. Es lo que hizo el tinerfeño *El Día*, que siguió publicando las *croniquillas*

rimadas de Nijota, herencia de su antecesor *La Prensa*, también después de la jubilación laboral de don Juan, hasta la antevíspera misma de su fallecimiento, en 1973.

OPINIÓN CON HUMOR

Ahondar más, por poco que sea, en la obra *nijotesca*, particularmente en la escrita en clave de humor, de la que ya hemos subrayado algunas peculiaridades, desbordaría los linderos señalados a esta intervención. Sólo cabe insistir apenas algo más en el ya señalado como el rasgo sobresaliente de la obra de Juan Pérez Delgado: el verso de humor como forma de hacer periodismo de opinión.

Nijota procuraba valerse de la noticia cuando esta todavía aleteaba. Del arsenal de la información cotidiana seleccionaba aquello que mejor se ajustaba a su sensibilidad y a su propósito. Fue poeta festivo en la medida en que era periodista, y

viceversa. Sus dotes de comunicador lo encarrilaban hacia lo que intuía que, por actualidad y enfoque, atraería al lector. La clave la escondía en su manera de interpretar el hecho noticioso, en la posición desde la que lo analizaba y metabolizaba y en las herramientas con que extraía lo mollar del hecho informativo, tanto como la habilidad para aderezarlo; en definitiva, un estilo muy suyo de informar y de opinión, en el que uno de los objetivos del autor era hacer sonreír, y en alguna ocasión hasta hacer reír, pero nunca provocar la carcajada, menos aún la estrepitosa.

Desde que era muy joven, Nijota dio muestras de poseer una vis cómica muy particular. A esa precocidad aludió en su citada autobiografía¹⁹, con el remedo de una redondilla del poeta catalán Manuel del Palacio y Simó (Lérida, 1831 - Madrid, 1906)²⁰, que alteró aposta para adaptarla a

19 Véase nota 9.

20 La de Del Palacio dice así: "Mi vocación de poeta

su condición de huérfano:

Mi lírica vocación
es tan antigua, que infiero,
rimé mi verso primero
con mi primer biberón,

a lo que añadió, como aclaración, que “en los blancos días de mi lactancia y en los de mi *desbiberón* (no digo *destete*, porque sería impropio) y después en los de mi adolescencia, ya me las entendía con las musas, y por una vil perra chica, para comprar pastillas, que me daban mis tíos, componía redondillas y cuartetos con inusitada facilidad”.

Cuando Nijota empezaba a hacerse un nombre como poeta festivo, en Tenerife gozaba de bastante popularidad como tal el también pintor y dramaturgo Diego Crosa y Costa, *Crosita* (Santa Cruz de Tenerife,

/ es tan antigua, que infiero / solté mi verso primero
/ al tomar la primer teta”. Nijota, para adaptarla a su condición de huérfano, la modificó de esta forma: “Mi lírica vocación / es tan antigua, que infiero, / rimé mi verso primero / con mi primer biberón”.

1869-1942), que publicaba versos en *La Prensa* bajo el rótulo “Ripios”. Asimismo eran conocidos Agustín Guimerá Fragoso, *Tinito* (Santa Cruz de Tenerife, 1869-1925), que lo hacía en *Gaceta de Tenerife*, hasta que decidió cortar la colaboración, porque tanto a él como a algunos familiares comenzaron a llegarles amenazas de alguien que creía que con sus versos lo estaba ridiculizando; y Eloy Sansón y Pons (Santa Cruz de Tenerife, 1882-1945), que firmaba *Juan Macana*, primero en la revista *Gente Nueva* y más tarde, con sólo *Macana*, en *Gaceta de Tenerife*, cuando Pérez Delgado dejó la corresponsalía del periódico católico y se incorporó a la redacción de *La Prensa*. A este reducido elenco cabría agregar un asimismo corto número de colaboradores no habituales o espontáneos, la mayoría de ellos sin maldita gracia.

Nijota consagró una forma de hacer periodismo de humor en la prensa diaria. Fue maestro en vadear las imposiciones y

limitaciones del franquismo sin renunciar a lo fundamental, a la crítica, que aprendió pronto a hacer de forma solapada y en meandros. Lo peculiar suyo era darle la vuelta a la noticia, virarla de forma que quedaran al aire, como al descuido, sus costurones incómodos: el arte de no embestir (criticar) de frente y a pecho descubierto, lo que colisionaría inevitablemente con las imposiciones políticas, sociales y culturales de un país privado de libertades y con innumerables problemas a flor de piel, sino de manera que se delatara a sí misma subliminalmente, como a contrapelo, columpiándose, moviéndose entre travesaños endebles o inestables, hasta dejar en cueros y que se viera o escuchara lo que el poder pretendía tapar o silenciar. La estrategia consistía básicamente en ensamblar versos en apariencia inocentes, tras los cuales asomaba, en un momento dado, la oreja agazapada de la crítica, que procuraba aliñar con calculadas dosis de comicidad, para

evitar, como así lo consiguió, ser acallado y colar bajo ese disfraz la denuncia o el mensaje. En la carta rimada que le envía doña Mariana desde La Laguna a doña Emilia, en Santa Cruz, sobre la intención de esta y su hija Encarnación de subir a la ciudad a pasarse la semana de las fiestas del Cristo, tras manifestarle a su amiga que la casa, como ya le había ofrecido, estaba a su disposición, le hace este puntual ruego encarecido, en la cuarteta final:

Verlas a ustedes en casa
será para mí un deleite.
¡Sólo le pido que vengan
con su azúcar y su aceite!

Mejor y más sincopado retrato de la miseria en la que estaba sumido el país en la época del racionamiento, imposible.

Era habitual encontrar a Nijota, paseante pertinaz, deambulando por calles de la capital tinerfeña o de su ciudad natal. En su caminar sin prisas lo observaba todo, se detenía, miraba, escuchaba los comentarios

de la gente al pasar, la opinión de amigos y de admiradores que querían saludarlo, y hasta oía las cancaburradas de más de un espontáneo. Así le iba tomando el pulso a la vecindad, empapándose de sus preocupaciones, cuáles eran sus intereses, rebeldías, burlas solapadas, cautelas, rechazos y desdenes; lo que en verdad sentía el pueblo y le afectaba. Era su mejor caladero, en el que más y mejor sabía pescar, que luego su ingenio se encargaba de cernir, molturar y seleccionar.

El aura de lo popular lo motivaba más que cualquier otra. En su personal gradación de preferencias, el peldaño de arranque lo tenía invariablemente en el acontecer local, por mínimo o intrascendente que pareciera. Así, cuando el concejal de Tráfico de la capital tinerfeña no tuvo mejor ocurrencia que pintarrapear las calles santacruceras por las que circulaban las guaguas urbanas e interurbanas con tres letras de señalización, de gran tamaño, Nijota captó

inmediatamente el runrún popular y no tardó en sacarle filo, y de qué manera, en uno de sus clásicos versos festivos:

Últimamente, en Santa Cruz
por donde vas ves BUS.

El jolgorio chicharrero por la “Musa cómica” de Nijota, el “vas, ves, BUS”, fue inconmensurable. Los chistes, cuchufletas y demás ocurrencias se multiplicaron. Porque, para colmo, ¿qué pintaba BUS donde lo que decimos es *guagua*? El ridículo fue imparable. El poeta humorista había dejado en evidencia la desacertada medida, su inutilidad, la torpe iniciativa municipal. La señalización no tardó en desaparecer.

Otra: cuando bodegueros y trasegadores desaprensivos comenzaron a introducir en la isla cubas y cubas de vino peninsular barato, que manipulaban y expendían con total impunidad como si fuera del país —el denominado por el propio Nijota vino de Tacorongona— y así suplían la deficitaria producción propia, al tener el poeta-

periodista noticia de que un buque navegaba hacia Tenerife con una partida de morapio foráneo en sus cisternas, publicó una coplilla, que obró el efecto que hasta entonces no se había conseguido: la inspección y control de las remesas que entraban por el puerto santacrucero y el análisis de los brebajes con apariencia de vino tinerfeño que se vendían a granel:

Allá por la mar salada,
 más acá del horizonte,
 viene un barco cargadito
 de vino de Tacoronte.

A Nijota le bastó señalar las hipotéticas coordenadas del lugar por donde navegaba el mercante, el “allá por” y el “más acá del”, para determinar su procedencia; luego su destino, el inequívoco “viene”, hacia donde se dirigía; el volumen de la carga, mediante un eufemismo muy común del habla canaria: el diminutivo para enfatizar la magnitud de lo que se expresa con su opuesto (“menuda agüita la que cayó anoche”; “chiquita trola

la que me querías meter”), porque el barco, enfatiza de esa forma el poeta, venía “cargadito”, es decir, hasta los topes; y por último, la cabriola surrealista, la naturaleza del contenido.

Otro botón de muestra muy temprano y de mayor significación, porque los versos están escritos en plena guerra civil, puede ser este: en marzo de 1939, Nijota esboza en una “Musa cómica” un paisaje de costa santacruzera. En él traza, en rápido esbozo, el retrato de *seña* Inés, que aparece calzando las humildísimas lonas denotadoras de la pobreza de la época, y eso porque era domingo, pero además, por si fuera poco, unas lonas, añade la *seña* con segundas,

a las que le puse suelas
de las gomas de un fotingo.

La imagen patética de un país sumido en la miseria, retratado en su cruda realidad. Como dijo muy acertadamente Juan Cruz Ruiz, Nijota fue en su tiempo “el más

inteligente de los comentaristas de la actualidad”²¹. Las “Musa cómica” del largo periodo del franquismo son, en su conjunto, una crónica sombría pero aderezada con brochazos de humor, de un tiempo y de una sociedad, la española y la canaria, vertebrada con astucia y enmascarada con ropajes de ingenio, para evitar sospechas o recelos. Su autor solía decir, y sabía bien lo que decía, que “Musa cómica” no era poesía, sino *croniquillas rimadas*.

COMO LOS GÁNIGOS DE TENERIFE

La atracción y el amor por lo local, por el día a día de su tierra, por lo insular, sobre todo lo santacrucero y lo lagunero, aunque no de manera exclusiva, se manifiesta con progresiva intensidad en la obra de Nijota, en contraste con un aparente desinterés por lo que ocurría más allá de las Islas, por lo foráneo. Aunque estaba bien informado

21 Juan Cruz Ruiz (2019): “La epidemia del diminutivo agrandado”, *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 9 de junio.

de lo que ocurriría fuera del Archipiélago, pues en *El Día* tuvo bajo su responsabilidad, hasta el final de su vida laboral, la selección, corrección y titulación de las noticias nacionales e internacionales que se recibían por agencias, sin embargo ese mundo no parecía seducirle. A Nijota no le oprimía el dogal de la isla; todo lo contrario. Nunca salió de Tenerife ni mostró interés por conocer otros paisajes y otro paisanaje. Alguien me contó que, en cierta ocasión, un colega que se proponía realizar un viaje de corta duración a otra isla lo invitó a que lo acompañara: “¡Anímese, don Juan —le dijo—, y nos damos un garbeo!”. Pero Nijota, al tiempo que iniciaba una de sus clásicas piruetas como de arranque de claqué, girando sobre el pie izquierdo, como solía en parecidas circunstancias, y se le escapaba un inefable mirar de pillo, entre comprensivo y desconcertante, le contestó: “¡Eso!, para ver más casas, más calles y más coches...”. Su querencia isleña podía compararse a los

gánigos canarios, de los que se dice que su destino es romperse donde se fabrican.

Con esa levadura fermentaban y adquirían sabor inconfundible sus *croniquillas rimadas*, espejo de la actualidad insular de su tiempo. En ellas abundan, diseminados, el comentario simple o cargado de causticidad, la crítica abierta o entrevista, la censura con sorna o al desnudo, pero, insistimos, sin el zurriagazo inmisericorde ni tampoco la adulación rastrera, y sí, cuando era menester, el variscozo propinado a tiempo o el elogio contenido. El poeta-periodista acompañaba el ritmo del caudal informativo, mayor o menor, con la estructura formal del verso, para extraerle lo medular recóndito, al margen de los dictados del sistema. Lo que con otro lenguaje y otro acento hubiera sido flagrante desacato a las imposiciones del sistema político, lo aderezaba de manera que pasara de matute bajo el embozo del humor y se salvase de ser silenciado o amordazado.

Para Nijota, embutir noticias en versos de humor era *sensu stricto* una forma de hacer periodismo como cualquier otra, ni más ni menos importante que escribir un artículo o redactar cualquier información, un editorial o un reportaje. Lo importante para él era ejercer el oficio con honestidad y verdad. Sus *croniquillas rimadas* son paradigma de información salpimentada con asonancias o consonancias. Lo insular canario y, si se terciaba o la actualidad lo demandaba, lo nacional y lo internacional, lo trataba desde esa perspectiva, entre irónica y satírica, que encubría con ribetes humorísticos una intencionalidad crítica. Así fue perfilando su posición política moderada, que preludiaba la etapa, todavía por estudiar, en la que, sobre todo desde el vespertino tinerfeño *La Tarde*, en la sección “Escarchas” y con el seudónimo *Luis de Anaga*, Juan Pérez Delgado hizo periodismo de opinión política en verso, en los años previos al estallido de la guerra civil de 1936.

REVERSO DE LA MONEDA

Cuando a Pérez Delgado, como dijo *Tarabilla* (Rafael Peña León)²², “se le quedaba dormido el humorista que llevaba dentro”, se desperezaba y afloraba el poeta que nunca dejó de ser. Entonces le brotaban poemas, que firmaba, no bajo seudónimo sino con su nombre y apellidos; una obra de diferente signo a la del versificador de noticias que le dio popularidad, calificada de *seria* por algunos críticos, en oposición a la de humor, o *lírica*, por otros. Es una producción más bien breve. En ella arracimó efusiones personales, vivencias íntimas, desengaños, soledad, crisis espirituales, su drama humano. Es un hontanar disperso, al que habrá que sumar los poemas de juventud que escribió en respuesta a solicitudes, invitaciones y compromisos personales, para ser recitados o leídos, aunque no por él, en fiestas de arte y cultura de pueblos

22 *Revista Hespérides* (1926): “Juan Pérez Delgado (Nijota)”, Santa Cruz de Tenerife, 21 de marzo, p. 9.

y ciudades de Tenerife, sobre todo en las del Ateneo de La Laguna, entidad cultural a la que, como ya hemos dicho, se vinculó desde muy joven y en la que desempeñó con mucha eficacia en diversas ocasiones cargos de responsabilidad en su junta de gobierno.

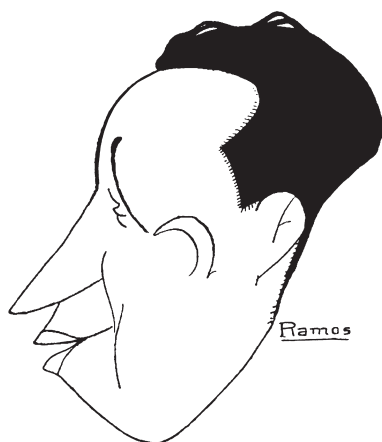
Juan Pérez Delgado cultivó también una faceta literaria que no se ha venido teniendo en cuenta en su producción: la de letrista, la de autor de textos de zarzuelas, pasacalles carnavalescos, canciones para rondallas y agrupaciones corales, piezas de salón, himnos diversos, etc., a los que les ponía música el infortunado compositor tinerfeño Francisco Delgado Herrera, más conocido por *Pancho el de las buesas*, o *de la jueza*. Delgado Herrera era persona humilde y artista de vigorosa personalidad y excepcionales facultades para la composición musical, igual que para la dirección y la interpretación. Cuando se produjo la sublevación militar de julio de 1936 presidía el sindicato de Trabajadores de la Enseñanza (era maestro

nacional) y fue encarcelado en el penal de Fyffes de Santa Cruz de Tenerife. Entre enero y febrero de 1937 lo arrojaron a las aguas del Atlántico, con otros compañeros, unos malvados de la causa, sin que se sepa la fecha y el lugar exactos del vil y cobarde asesinato. Del más de un centenar de obras musicales que se calcula que escribió Delgado Herrera, el Instituto de Estudios Canarios posee media docena con letra de Nijota. La primera es, cronológicamente, la canción oriental “Zoraida”, estrenada en el Teatro Viana en 1918, de la que el periódico *La Verdad* decía que “tanto la música como la letra, es (*sic*) de exquisito sabor oriental”. “Pierrot y Colombina”, para dos voces y piano, está fechada en 1926, y ese mismo año la zarzuela infantil “El regreso de Mambrú”, en un cuadro y un acto. De 1932 es el “Himno a la mujer canaria”, estrenado por la Masa Coral de la capital tinerfeña en la fiesta que dicha entidad celebró para conmemorar el primer aniversario de la II

República. “El viejo vals”, a cuatro voces, para orfeón, lleva el año 1933, y “Serenata sacrílega” carece de datación.

Pérez Minik adscribe la poesía de Pérez Delgado a un modernismo literario que mantenía aún, como rescoldos a punto de apagarse, débiles ecos del tardorromanticismo de los viejos maestros de la Escuela Regionalista, el movimiento literario finisecular que tuvo en su ciudad natal un potente foco irradiador. Es el poeta de su generación que recibe y cultiva con más intensidad la herencia regionalista, como señala asimismo Minik. Sin embargo, no tardó en decantarse de manera progresiva por un lirismo intimista, más acorde con la nueva sensibilidad poética que se estaba abriendo paso con fuerza, y con la suya personal, con su “dolorido sentir”.

A Nijota le atraía sobremanera, como ya hemos indicado, lo genuinamente canario. Desde muy joven comenzó a bucear, acaso como ningún otro escritor isleño de



Caricatura de Nijota, por Ramos

su generación, en el rico acervo de la canariedad. Fue uno de los autores insulares que con más amplios registros hizo en las Islas literatura costumbrista. Las suyas eran una querencia y una fascinación sin límites por lo autóctono. Esta inclinación lo llevó a ahondar en el conocimiento de la psicología de nuestros *magos* y *magas*, en su personalidad, a compenetrarse con su sensibilidad y con sus códigos de conducta,

con especial atención al habla, a sus formas de expresión, a su léxico, moldeado entre el aislamiento, el silencio y comprensibles recelos y desconfianzas, en momentos en que esas peculiaridades léxicas empezaban a debilitarse, por el embate, que todavía era tímido pero imparable, de los nuevos medios de comunicación de masas. En ese adentrarse hasta los últimos pliegues de su oralidad fue adueñándose de su temperamento. Suya es esta expresiva cuarteta:

Mago es un hombre de campo
de filosofía inmensa,
porque piensa lo que dice
y no dice lo que piensa.

Le seducía sobremanera adentrarse por los recovecos del alma de nuestros campesinos y campesinas, estudiar su comportamiento ante determinadas situaciones personales, familiares y sociales. Le cautivaban, como ya hemos señalado, las particularidades de su manera de hablar, cómo se relacionaban entre sí y con la sociedad de la que eran

parte, la astucia y, con frecuencia, la reserva con la que procuraban manifestar sentimientos y temores, perplejidad, emociones, desconfianzas, el diario vivir. En ese empeño fue asimilando lo medular de su psicología, de su vocabulario y de su sintaxis, sus reacciones ante cualquier amago de postergación, humillación o burla solapada, y se compenetró con la fisonomía espiritual de las gentes de las áreas rurales menos contaminadas de la isla de Tenerife; un patrimonio de dimensión y calidad inestimables que terminaría siendo filón de valor inestimable para su obra.

Con esas experiencias y vivencias, y con las herramientas propias del oficio, compuso Nijota un retrato coral del campesinado tinerfeño, una visión panorámica del campo isleño y de sus gentes, sin tintes folclóricos, alejada de lo peyorativamente costumbrista y de exageraciones forzadas, de cualquier caricaturización y de lo turísticamente típico. Configuró con esos

trebejos una galería de seres de ficción de poderosa personalidad: *seña* María, *cho* José, el “señorito”, Mariquilla, Candelaria, *cho* Ceferino, la lechera, las criadas, y tantos más. Entre todos sobresale, por la confluencia de rasgos propios de una campesina con un temperamento femenino bien definido, la entrañable figura de *seña* María, arquetipo de la *maga* tinerfeña. Su picardía y desenvoltura, sus *golpes* y *salidas*, la astucia con la que encara cualquier problema, por imprevisto o complejo que sea, y la suspicacia de que se vale, como parapeto de defensa, en su relacionarse con el vecino de la ciudad, con el urbanita, conforman un retrato difícilmente superable. *Seña* María es cazurra, perspicaz y desconfiada por naturaleza. Se pone en guardia ante lo que cree que va en contra de la costumbre, de lo tradicional. Es conservadora por naturaleza. Capta al vuelo cualquier jugarreta que intenten hacerle. Sabihonda y *echada pa'lante*, no se arredra ante nadie ni ante nada, más aún si cree que

la razón la tiene de su parte, da lo mismo si con la *señora*, el *señorito* o cualquier otro personaje de ringorrango, y no digamos si alguien intenta propasarse con ella o con los de su familia. En la personalidad de la campesina tinerfeña que Nijota recrea con humor y amor se aúnan naturalidad y ternura, sagacidad y socarronería y, por supuesto, unos comprensibles toques de malicia como arma defensiva. El autor evita la pincelada burda, lo grotesco, y contrariamente a como ocurre con más de un cultivador de este género de poesía popular, se aparta de cualquier intento de convertirla en objeto “típico”.

Ese estilo y ese talante alientan y le dan carácter a la producción literaria de Nijota, en la que se observa no obstante un denominador común: toca muchas teclas, casi siempre con acierto, pero, acaso por su condición de periodista, no llega a pulsarlas con la fuerza y el detenimiento que merecían. La lucha sostenida del periodista

con la actualidad, con la vorágine del diario acontecer, lo va devorando, lo va quemando, lo desgasta, lo desvía con frecuencia de otros objetivos fundamentales. En ese vivir entre apresurado y convulso, marcado por el ritmo de lo cotidiano, la producción literaria del periodista no logra pasar en no pocas ocasiones del apunte, casi siempre atinado, pero sin el desarrollo posible, sin la maduración que requiere tiempo, concentración y temple. El dramaturgo y el novelista que Juan Pérez Delgado pudo haber sido se quedaron en el autor de novelas cortas —*La cubanita* e *Historia de una criada*— y de pasillos cómicos —*Mariquilla* y *El amor en bicicleta*—, obra esta última, por cierto, que se ha puesto en escena innumerables veces en las Islas y fuera del Archipiélago, siempre con éxito, pero sin recibir como premio más que aplausos encendidos y comentarios favorables, lo mismo que entusiastas opiniones de crítica y público. No es aventurado preguntarse si Nijota fue

un novelista y un dramaturgo en ciernes, que se quedó en el umbral de sus posibilidades. Sus cualidades en esa doble vertiente de la creación literaria, la del novelista y la del autor teatral, son innegables. Algunas de sus rimas, como también de sus prosas, parecen atinados esbozos previos que no llegaron a cuajar y desarrollarse. Pero adentrarnos en ese jardín, lo mismo que en el de su personal drama humano, rebasarían nuestras posibilidades y darían para otra disertación, tanto o más amplia que esta que va ya acabando.

EXILIO INTERIOR

Cercano el final de esta intervención, y puesto que nos encontramos en San Cristóbal de La Laguna, quiero dedicarle unas palabras de especial afecto al lagunero a carta cabal que fue don Juan Pérez Delgado. Vecinos los dos de la llamada villa de arriba de la Ciudad de los Adelantados, pero viviendo él ya en Santa Cruz cuando nos

encontrábamos diariamente en la redacción de *El Día*, se interesaba por el acontecer de su pueblo, por las pequeñas noticias y sucesos menudos que no generan titulares de periódicos pero son la sal y pimienta de la vida cotidiana de toda comunidad humana; los orteguianos primores de lo vulgar. En lo posible, yo intentaba satisfacer ese deseo suyo. Muchas noches, durante los años que permanecí en la redacción de *El Día*, subía, cuando el trabajo me lo permitía, hasta el angosto habitáculo que era su escondrijo, en la última planta del antiguo edificio del matutino de la prensa tinerfeña, en la santacruzera calle del Norte o Valentín Sanz; una pequeña estancia sin apenas mobiliario, que compartía con el fotograbador Porcell.

Aunque don Juan era el redactor jefe del periódico, sus funciones las había asumido en la práctica el subdirector don Juan González, sobrino de don Leoncio, por lo que él se había aislado astutamente en aquel cuartucho, donde se sentía cómodo

en su búsqueda soledad. Allí componía sus *croniquillas rimadas*, al tiempo que vigilaba la entrada de las noticias nacionales e internacionales a través del *bell*, un trasto de aspecto antediluviano que —según se comentaba en el propio diario— habían ideado los nazis en la Segunda Guerra Mundial, cuando aún en los periódicos nada se sabía de los modernos teletipos de agencias. El *bell* vomitaba una cinta con unos caracteres tan toscos y borrosos, y de tan difícil lectura, que dieron pie a más de una interpretación errónea y a más de una rectificación. Nijota era experto lector de aquel galimatías.

Al cuchitril de don Juan se llegaba por una escalera casi vertical, de tan pendiente que era. Siempre pensé que por eso eligió la estancia: para aislarse y evitar que lo importunaran. Éramos pocos los que accedíamos a aquel retiro. Allí se podía hablar distendidamente, mientras él no le quitaba ojo al *bell* e iba titulando las noticias

que enviaba luego a las linotipias, para su composición. Algunas noches, era don Juan el que esperaba a que yo acabase mi diario trabajo y entonces solía acompañarme hasta la plaza del Hospital Militar, donde este alevín de periodista tomaba alguno de los pocos coches pirata en los que a aquellas horas se podía subir a La Laguna, porque la última guagua de los Oramas salía de Santa Cruz a las once de la noche. Aquel andar nocturno era lento, con paradas frecuentes para ver esto y lo otro y lo de más allá. Todo le llamaba la atención, empezando por los escaparates de los comercios. Los comentarios eran de una agudeza y una gracia indecibles, al tiempo que solía dar una rápida voltereta apoyado en el pie derecho, un giro como de claqué, mientras los ojos se le iluminaban de picardía. ¿Aquel paseo nocturno de acompañante por una ciudad dormida, desierta, era una forma más de conjurar su soledad?

Don Juan solía ser persona de pocas

palabras. Procuraba mantener una sabia distancia en la conversación. Pero cuando se sentía cómodo era un interlocutor cercano, divertido, ocurrente, ingenioso, con un sentido crítico y una vis cómica envidiables. No he olvidado ni podré olvidar algunas de sus jugosas conversaciones. ¡Cuánto aprendí con él mientras caminábamos distendidamente, al filo de la medianoche, por un Santa Cruz solitario, que parecía deshabitado! ¡Cuánto podría decir de él, de su bonhomía, de su estar de vuelta de todo, de su capacidad de observación, de su mirar de ardilla, de su aparente seriedad, de su sabio saber burlarse hasta de su sombra! Pero he de ponerle el punto final a estas palabras y, como adelanté al comenzar la disertación, lo haré con una ligera cata en un poema de la etapa de madurez de Nijota, que lleva por título “Barco de la romería”. Lo publicó el 5 de junio de 1955 en el periódico *El Día* de Santa Cruz de Tenerife. Ese domingo se celebraba en San Cristóbal de La Laguna la romería regional de san Benito Abad.

He elegido esos versos por dos motivos: en septiembre de este 2024 se cumplieron sin pena ni gloria trescientos veinticinco años del comienzo de la singular tradición de los *navíos de tierra adentro*, como el propio Nijota denomina en el poema esta original y hermosa manifestación popular, una de las de mayor valor y significación del acervo cultural de la Ciudad Patrimonio Mundial y del archipiélago canario, y porque creo que reflejan muy ajustadamente la personalidad y el temple del poeta lírico y festivo que fue a un tiempo Juan Pérez Delgado, su maestría en la sagaz voltereta lingüística, que sin llegar a desmedida, era audaz, y su capacidad para deslumbrar con su ingenio. Decía Luis Piedrahíta en reciente artículo periodístico que el humor, o es sorpresa intelectual o no es.

Por el clérigo Domingo Marques de Mesa, colector de la parroquia lagunera de Nuestra Señora de los Remedios en los años finales del siglo XVII, sabemos cómo, cuándo

y dónde surgió la tradición de los típicos *barcos* que lucen su esbelta arquitectura en las romerías más populares y concurridas de solo el nordeste de la isla de Tenerife. Fue en San Cristóbal de La Laguna, el 7 de septiembre de 1699, en las últimas fiestas del siglo XVII que se celebraron en honor de la Patrona del mencionado templo. Aquella tarde, los espectadores de la obra de teatro que se representaba en la plaza aledaña a la iglesia, entre los que se encontraba Marques de Mesa, se vieron sorprendidos por la aparición de unos artefactos en forma de navíos, confeccionados con tanto “primor y lucimiento” que, “como se vio” —afirma el colector—, parecían veleros auténticos, al tiempo que los tripulantes —“marineritos por un día”— entablaban un diálogo, esmaltado de versos en loor de Nuestra Señora, con los ocupantes de un castillo levantado en un ángulo de la plaza. El espectáculo culminó con un prolongado intercambio de disparos de artillería.

Fue tal el entusiasmo que los *barcos* despertaron en la feligresía de Los Remedios, que esta logró que el día siguiente, ocho de septiembre, en la procesión principal de la imagen de la Patrona por las calles de la población, los *veleros* fueran incorporados al cortejo religioso. Así nació una de las tradiciones tinerfeñas de mayor raigambre, que se mantiene viva y no deja de crecer en el extremo occidental de la isla, en la extensa comarca de Agüere. La admiración de Domingo Marques de Mesa ante la belleza y originalidad de los *barcos de tierra adentro* lo movió a dejar constancia del acontecimiento. Lo hizo en el documento de su puño y letra “Navíos que se hicieron para las fiestas de Nuestra Señora de los Remedios”²³, que redactó en pliego aparte, con la solemnidad y estilo de un acta oficial, “para que en todo tiempo conste”.

23 Legajo *Antigüedades de la parroquia de los Remedios de La Laguna*. Folios 23 r y vto. Archivo Histórico Diocesano. San Cristóbal de La Laguna.

“Barco de la romería” es un romance tradicional de setenta octosílabos. El poeta sentía especial predilección por esta estrofa, que encontramos en parte notable de su obra lírica y de humor. Es un canto a “un bello anacronismo”, la exaltación de un *velero* imposible, de casco esquelético como el de un animal prehistórico, que avanza “por sobre un mar de cabezas”, entre el “rumor de agitadas gavias” y el “chirriar de duros maderos” mientras

Músicas de viejo ritmo
arrullan su cabeceo
y silba en su escandalosa
un suave y húmedo viento.

(La escandalosa —lo saben bien los viejos lobos de mar y las tripulaciones de los navíos impulsados por velámenes— es la lona pequeña o de cuchillo, de forma trapezoidal, que, cuando hay buen tiempo, se enverga con dos carlingas, entre el pico y el palo, para que la nave se mueva con mayor facilidad y avance, mientras la brisa

suave, silbando en ella, se transforma, como dice el poeta, en música que arrulla su lento cabeceo).

Las melodías de ritmo antiguo del *barco* lagunero surcando un mar humano trascienden y se transforman en el poema en explosión de júbilo, de alegría, muy en la querencia del poeta por cuanto es patrimonio isleño acrisolado, herencia que pervive y se mantiene lozana en la memoria insular. El *navío de tierra adentro* es para Nijota un bajel de nostalgias, un sueño de mares imposibles, un

barco sin lugar ni tiempo;
recuerdo que se actualiza
y tradición que no ha muerto,

porque, además, es *la alegría de la fiesta, que no el viento*, la que lo impulsa a *navegar* por mares de papas, verdura y trigales rubios. El lento caminar del típico *barco* enciende su pasión isleña. Le llena de gozo y de emoción, verlo cruzar,

pausado, cabeceante y esbelto,

hasta el punto de exclamar que

vale la pena dejar
todo lo grande y lo nuevo,

para soñar con su sueño y contemplar, anhelante, su lento caminar sobre un *océano* que
es y no es su elemento,

porque es a un tiempo realidad y ensueño, y señuelo de esperanzas no siempre logradas.

En la década de los cincuenta del pasado siglo xx, Canarias seguía siendo tierra de emigrantes, de desheredados de la fortuna que soñaban con un mundo y una vida mejores y se arriesgaban a ir a su encuentro. La difícil situación del país canario espoleaba a muchos isleños a buscar más allá del Archipiélago, sobre todo en tierras americanas, en Venezuela, Cuba, Argentina y otros países, y también en Europa, otras expectativas de futuro. Nijota no ignoraba el drama humano de los sufridos braceros isleños rompiendo bajo soles inclementes la costra quemada de las Islas para agenciarse

el pan de cada día, la lucha de hombres y mujeres para sobrevivir en condiciones muy precarias, mientras soñaban y anhelaban otro vivir, por lo que aprovecha la ocasión para rendirle cálido homenaje

al hombre del campo isleño,
labrador de breves tierras,
recio y sufrido bracero
o esperanzado emigrante
en otros barcos auténticos.

“Barco de la romería” es un poema de aroma canario intenso, un romance de exaltación de una de las más originales manifestaciones de la identidad de los pueblos y ciudades que forman el cinturón de la extensa comarca de Agüere, en los que perdura esta acendrada costumbre popular, que su autor remata con estos versos, a manera de coda o colofón:

Por sobre un mar de cabezas
cruza el campestre velero.
La estela que va dejando
tiene color de oro viejo.

De siempre el oro viejo fue símbolo de la excelencia que perdura, de lo que, al contrario que la flor, la vida o la costumbre, no palidece ni acaba por perderse. Su color ha devenido en metáfora de la belleza que resiste los embates del tiempo, de pátina que preserva el recuerdo para que no se diluya o evapore, de huella que va dejando la nostalgia en su avance, como el *velero* isleño, sobre la espuma de la añoranza. El oro viejo es asimismo imagen cabal de la tradición que se mantiene intacta navegando por mares imposibles.

Pero Nijota no hubiera sido quien fue si no hubiera escondido, también en este cálido canto al *navío* isleño, asomando apenas por la manga de su casaca de mago de la palabra, una carta con la que sorprendernos, a manera de coronamiento. Porque la *estela color oro viejo* que va dejando el *barco* de la romería es en realidad el reguero de orines y de bostas amarillentas que las sufridas vacas —*paciencia, moscas y esfuerzo*— van excretando en su lento

tirar de la carreta sobre la que va anclado el *barco* de la romería. En hábil trampantojo, Juan Pérez Delgado, o más exactamente Nijota, juega una vez más al equívoco, y en una pirueta verbal de innegable originalidad, transmuta lo excrementicio en sustancia lírica, en un bello rastro del color del metal máspreciado.

Lo escatológico es inherente al ser humano. Se balancea entre lo antropológico y lo cultural. Aunque haya quienes quieran eliminarlo o enmascararlo, por malsonante o maloliente, no es posible desterrarlo del territorio de las realidades biológica y social. Culturalmente, ocupa su espacio, en paridad de rango, en todo repertorio léxico; también en la creación literaria²⁴. La literatura occidental es pródiga en manifestaciones en las que lo excrementicio llega hasta congraciarse con ella. Sobre todo a partir de Rabelais lo escatológico penetró

24 Alberto Álvarez Aura (2013): *La buella escatológica. Metáforas del excremento y el residuo en el espacio social*. Barcelona: Laertes Editorial.

en la literatura europea. La española cuenta, entre muchos y excelentes ejemplos, con dos que son señeros: Quevedo y Cela. Pero, curiosamente, no ocurre lo mismo o de forma parecida en sentido opuesto.

Nijota no era purista ni puritano. La palabra gruesa o la ñoñería verbal no lo escandalizaban ni retraían. No camuflaba la realidad porque sí, ni la desvirtuaba, menos aún para encubrir la pacatamente. Pero sí se



Juan Ismael, *Retrato de Juan Pérez Delgado*, 1952

complacía en jugar con ella, hacer malabares, prestidigitaciones, ilusionismo. Y, si venía al caso, la redimía y transfiguraba, y hasta la sublimaba, merced al aura poética que escondía agazapada en la chistera del humor. Es lo que hace, entre la emoción y la sonrisa, en el poema. Que los desechos orgánicos de una yunta de sufridas vacas trasciendan la materialidad de lo escatológico gracias a un audaz soplo poético y se trasmuten en una estela color oro viejo, evocadora de realidades tan humanas como la añoranza o la melancolía, como el fluir del tiempo mientras va dejando en el aire del poema su huella de ocaso, o la pátina del oro del ensueño, es prodigioso. La alquimia de humor y palabra lírica en sabia dosis obra el portento.

* * *

BARCO DE LA ROMERÍA

Por sobre un mar de cabezas
avanza el barco velero:
rumor de agitadas gavias,
chirriar de duros maderos.
Músicas de viejo ritmo
arrullan su cabeceo
y silba en su escandalosa
un suave y húmedo viento.
¡Qué bello es tu anacronismo,
navio de antiguos tiempos!
¡Qué nostalgias de mar tienes,
navio de tierra adentro!
En tus bordas y en tus palos
vocean los marineros:
imarineritos de un día,
mocitos del campo isleño
que dejaron su sudor
entre los surcos morenos
y hoy navegan sobre tí
por los caminos del pueblo!
La alegría de la fiesta
te mueve a tí, que no el viento.
Y te mueve el entusiasmo
juvenil que llevas dentro:
los vibrantes ajijides,

los vivos al Santo nuestro,
los vivos al mayordomo,
a las vacas y a su dueño.
¡Las vacas, las pobres vacas!
—paciencia, moscas y esfuerzo—
que forman parte de tí
y que te dan movimiento:
dos mascarones de proa
ante tu casco esquelético.
Y, ante ellas, impasible,
—vara, cachimba y sombrero—
el boyero que las guía,
timonel de largo rejo
piloto de verdes mares
entre la tierra y el cielo;
capitán de la carreta
que avanza con andar lento
entre las papas y el trigo
que bordean el sendero.
Barco de la romería,
barco sin lugar ni tiempo,
recuerdo que se actualiza
y tradición que no ha muerto:
tú eres la estampa más típica
en el típico cortejo.
Por verte cruzar pausado,
cabeceante y esbelto,

ELISEO IZQUIERDO

sobre un elemento extraño
que es y no es tu elemento,
vale la pena dejar
todo lo grande y lo nuevo,
para recrearse en tí,
para soñar con tu sueño
y sentir el corazón
en tus jarcias marinero
y rendir en tí homenaje
al hombre del campo isleño,
labrador de breves tierras,
recio y sufrido bracero
o esperanzado emigrante
en otros barcos auténticos.
Por sobre un mar de cabezas
cruza el campestre velero.
La estela que va dejando
tiene color de oro viejo.

Juan Pérez Delgado
(Exileta)

